

ARENA ABIERTA

AMOS DEL MUNDO

Una historia de las conspiraciones



JUAN CARLOS CASTILLÓN

DEBATE

Amos del mundo

Una historia de las conspiraciones

Juan Carlos Castellón

www.megustaleerebooks.com

*A mi abuelo y a los primeros constructores
del metro de Barcelona, por todos los sustos
que me dieron cuando era un niño.*

*Al marqués de Lantenac, al padre Rodin, a
René de Aramis y los demás personajes que
alegraron mis lecturas sobre conspiraciones.*

A mi familia, por su paciencia.

«Están todos...»

MARÍA ANTONIETA, Reina de Francia

... que en consecuencia, se prometen en menos de un siglo ser *amos del mundo*, abolir todas las sectas para que reine la suya, hacer sinagogas de la Iglesia de los cristianos, y reducir el resto de la gente a una auténtica esclavitud.

Carta del capitán SIMONINI

Al padre AUGUSTIN BARRUEL, S. J.

Primera parte

UN TEMA DE NUESTRO TIEMPO: CONSPIRACIÓN Y CULTURA POPULAR

1

Noviembre de 2004: el hombre más poderoso del mundo es escogido entre dos candidatos de una misma logia

TIM RUSSERT: Ustedes dos pertenecen a Skull and Bones, una sociedad secreta de Yale. ¿Qué nos dice eso?

JOHN KERRY: Uy, no mucho, porque es un secreto. [Risas del público].

Meet the Press, 31 de agosto de 2003, entrevista con el candidato a la presidencia John Kerry.

TIM RUSSERT: Ustedes dos pertenecen a Skull and Bones, la sociedad secreta.

GEORGE W. BUSH: Es tan secreta que no podemos hablar sobre ello.

RUSSERT: ¿Qué significa eso para América? Los teóricos de la conspiración se van a volver locos.

BUSH: Seguro. No lo sé. Aún no he visitado el website. [Risas del público].

Meet the Press, 8 de febrero de 2004, entrevista con el presidente George W. Bush.

Recuerdo la fecha exacta en que comencé a escribir este libro, el 3 de noviembre de 2004, el día en que se confirmó la victoria de George W. Bush en las elecciones presidenciales estadounidenses. Hijo de presidente y nieto de senador, George W. Bush era confirmado como el hombre más poderoso del mundo. Hasta ese momento yo había estado esperando a ver si tenía o no que sentarme

a revisar un texto anterior, dedicado a la historia más reciente de los Estados Unidos. Fui así uno de los pocos españoles que tuvo motivos de alegrarse por la victoria republicana. A pesar de lo mucho que se parecía a su rival, una victoria de John Kerry, el rival de Bush, me hubiera obligado a reescribir una buena parte de aquel otro libro.

Las elecciones presidenciales estadounidenses de 2004 fueron el escenario del enfrentamiento de dos millonarios que habían heredado sus fortunas, crecido en el privilegio, graduado en Yale y eran miembros de una misma sociedad secreta —la fraternidad Skull and Bones (Calavera y Huesos)—. Para completar el paralelismo entre ambas candidaturas, los dos aspirantes a la vicepresidencia estadounidense —Richard Dick Cheney y John Edwards— habían asistido en su día a reuniones del grupo Bilderberg.

Los dos candidatos eran suficientemente parecidos en sus orígenes como para que sus declaraciones sobre los Skull and Bones fueran intercambiables. De haber ganado Kerry habría sido el cuarto miembro de esa sociedad electo como presidente de los Estados Unidos, y el primero en serlo en una candidatura demócrata. Todos los demás presidentes procedentes de esa sociedad, William H. Taft, en el siglo XIX, y los dos miembros de la familia Bush, han sido republicanos.

La misma semana de las elecciones estadounidenses la portada del *Nouvel Observateur* francés, una revista seria y responsable, estaba dedicada a los escándalos de la masonería en Niza: «[Se] plantea de nuevo el problema de la influencia de la francmasonería en el buen funcionamiento de la justicia».

Ese mismo mes la portada de la edición española de *FHM*, el tipo de revista que no necesita ser leída para ser disfrutada, ofrecía en portada una foto de la actriz Alissa Milano en una postura más que atractiva, un consejo que pocos debieron de seguir —«Mírala a la cara»— y la información de que a Lady Di la habían matado los extraterrestres. La noticia sobre Lady Di procedía de un artículo sobre las conspiraciones. Era una noticia estúpida. Los que siguen de cer-

ca conspiraciones y tesis conspirativas creen —en realidad «saben»— que a Lady Di la mató el Mosad, en complicidad con el MI-5, por encargo de la familia real británica. Tesis improbable pero que nos recuerda la poca gente que acepta en Inglaterra que Lady Di muriese de accidente: una encuesta del *London's Evening Standard*, efectuada el año 2004, indicaba que el 43 por ciento de los 4.170 encuestados creía que Diana había sido asesinada.

Un mes antes la portada de *Clio*, una revista quizá menos seria que *Le Nouvel Observateur*, pero que supongo más seria que *FHM*, estuvo dedicada a *los amos del mundo* con una portada llena de símbolos masónicos, extraídos del diseño de un billete de dólar. No he leído el artículo pero supongo que hace notar que ese billete lleva impreso el año en que se creó la Orden de los Illuminati, 1776. Algo que es cierto y sería incluso sospechoso si aquel año no hubieran pasado otras cosas que justificaran su presencia en ese billete, como —es posible que también eso haya influido en el diseño del billete— la independencia de los Estados Unidos.

Basta con echar una ojeada a cualquier mesa de novedades en una gran librería para ver una veintena de títulos directa o indirectamente ligados con tesis conspirativas. Libros sobre el servicio secreto vaticano o sobre los masones. A veces puede verse uno escrito por un historiador serio, veo uno de César Vidal, pero está rodeado por una veintena de libros sobre templarios, novelas populares sobre secretos medievales, guardados durante siglos por oscuros grupos de neotemplarios, o sobre reyes merovingios descendientes de Cristo, Illuminati, conjuras y secretos centenarios que siempre incluyen suficientes elementos cultos —los más sencillos y fáciles de identificar— para que el autor de la faja que rodea el libro pueda compararlo con Umberto Eco o Dan Brown, y a veces incluso con los dos en una misma frase.

Las conspiraciones, o en su defecto las tesis conspirativas, nos rodean. ¿Qué es una conspiración? ¿Qué es una tesis conspirativa? Conspiración viene del latín *conspirare*, «respirar juntos». Desventajas de haber heredado una biblioteca básicamente francesa, puedo

saber en qué momento apareció en el idioma de nuestros vecinos mejor que en el nuestro. *Conspiration* aparece durante el siglo XII, alrededor del año 1160. *Conspirateur*, con el sentido de *celui qui machine* (el que maquina) fue usado por primera vez en 1302. A partir del siglo XVI un conspirador pasa a ser no sólo el que maquina sino el que lo hace contra el poder. Por su parte, para la Real Academia Española *conspiración* es: 1. f. *Acción de conspirar (unirse contra un superior)*, y 2. f. *Acción de conspirar (unirse contra un particular)*.

Conspirare, originalmente «respirar juntos», implica cercanía, incluso intimidad. Hace falta realmente compartir mucho, la existencia de una complicidad profunda, para que dos o más personas coincidan en los riesgos que implica la definición del artículo 17 del código penal español de 1995: «La conspiración existe cuando dos o más personas se concertan para la ejecución de un delito y resuelven ejecutarlo». A pesar del más común de sus usos actuales, el término no tenía connotaciones negativas en la Antigüedad clásica. La primera acepción de *conspiratio* que aparece en mi diccionario de latín-español es «acuerdo», «unión». Mi viejo *Vox*, recuerdo de un bachillerato de letras que aún incluía el latín, lista como primeras acepciones del verbo *conspiro* «concordar», «armonizar», «estar de acuerdo» (*cum aliquo*, «con alguien»; *ut*, «para»; *ne*, «para evitar que») y sólo después *conspirar* en el sentido actual del término (*perdere aliquem*, «contra alguien»; *ad res novas*, «para hacer una revolución»).

La teoría conspirativa no es tan fácil de definir. Los diccionarios la evitan. Es normalmente una tesis que desafía la forma en que hechos políticos o científicos, ya sean históricos o de actualidad, son comúnmente aceptados. Las teorías conspirativas afirman que un suceso histórico de resultados ya conocidos nace no sólo de acciones legítimas, o al menos evidentes, sino de la acción de fuerzas ocultas, normalmente ilegítimas. Los elementos en el origen de cualquier tesis conspirativa son la complicidad de por lo menos dos personas, actuando en secreto y con mala intención. Aquellos que

creen en tesis conspirativas suelen creer que la mayor parte de los sucesos históricos —tal vez todos— son el resultado de un plan previo. El presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt llegó a decir: «En política, nada sucede por accidente. Si sucede, ha sido planeado». Además, no suelen creer sólo que existe un plan previo, sino que responde a un plan exclusivo y beneficioso de y para una minoría. El embajador Joseph Kennedy, enemigo de Roosevelt y padre de uno de sus sucesores en la Casa Blanca, creía que «cincuenta hombres controlan América y es una estimación quizá alta». Walter Rathenau, antiguo consejero del káiser Guillermo II y ministro después durante la República de Weimar, opinaba lo mismo sobre Europa: «Trescientos hombres, que se conocen entre sí, dirigen el destino económico de Europa y escogen sus sucesores entre ellos». Una frase que algunos podrían emplear hoy para definir las actividades del Club Bilderberg.

Hay que tener cuidado con lo que se dice, dónde y cómo se dice. Sabemos que por lo menos a Rathenau le tomaron en serio. Rathenau, que pronunció su frase cuando era ministro del káiser, llegado el período de entreguerras topó con miembros de la Organización Cónsul (paramilitares anticomunistas y antisemitas) que habían leído *trescientos judíos* donde él había escrito *trescientos hombres* y entendido que confesaba ser uno de esos trescientos: lo mataron.

Conspiraciones, tesis conspirativas y sociedades secretas forman parte de la vida cotidiana de muchos de los que nos rodean. De Roosevelt al comprador de novelas de Dan Brown o el lector de los *Protocolos de los sabios de Sión*, son muchas las personas que compartiendo nuestro mundo lo ven de forma distinta a la nuestra. Creen —en realidad saben con absoluta certeza y más allá de cualquier duda— que cincuenta hombres controlan Norteamérica, los masones la judicatura francesa y que a Lady Di la mataron los extraterrestres —o la familia real británica— porque estaba embarazada de un musulmán y pensaba convertirse al islam; en algunos casos

extremos —cuando han leído al escritor inglés David Icke—* «saben» incluso que las dos tesis citadas son ciertas y complementarias porque la familia real británica es de origen extraterrestre; saben también, por el contrario, que, aunque los extraterrestres estén entre nosotros, el hombre no ha aterrizado en la Luna y que fue Stanley Kubrick quien filmó un falso aterrizaje en los estudios usados para su filme *2001, una odisea del espacio*; saben que el sida ha sido creado por médicos judíos para acabar bien con los negros, bien con los homosexuales, en un laboratorio de su gobierno y pueden incluso indicar el nombre del médico que lo hizo —el doctor Wolf Szmunn—, como lo han hecho en un par de libros con la casi absoluta impunidad que supone acusar a un muerto que no puede defenderse; saben que Kennedy fue asesinado por la mafia, la Agencia Central de Inteligencia (CIA), el gobierno de Castro o el exilio cubano; que Juan Pablo II era amigo del médico que creó el sida y que Juan Pablo I fue asesinado por los banqueros del Vaticano, en complicidad con la CIA y el Opus Dei, que necesitaban un Papa anticomunista para derrotar al comunismo; saben que las mafias dominan el mundo en secreto y que los amos del mundo se reúnen en el Club Bilderberg, que es el primer escalón de un gobierno secreto mundial que incluye el Consejo de Relaciones Exteriores y la Comisión Trilateral y que, a través de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), piensa acabar con la soberanía de las naciones e imponer el pensamiento y la moneda únicos; saben que la historia no es tal y como se cuenta y que por ejemplo la Revolución francesa fue una venganza templaria por la muerte de su último gran maestro varios siglos antes; saben que la venganza de los caballeros templarios y la Revolución francesa fueron los primeros pasos visibles de una Gran Conjura.

El 2 de noviembre de 2004, un *Skull and Bones* fue reelecto a la Casa Blanca, pero dos días antes su padre, el ex presidente George Bush, otro *Skull and Bones*, apareció caricaturizado en mi televisor, en un capítulo repetido de *Los Simpsons*. En un momento dado del

episodio se le podía ver entre los dirigentes mundiales de una —
otra— sociedad secreta llamada The Stonecutters (los Canteros).

2

«Los Simpsons» y «Nikita»: cultura popular y conspiración

¿Quién controla la Corona británica?

¿Quién impide el sistema métrico?

Nosotros, nosotros.

¿Quién deja Atlantis fuera de los mapas?

¿Quién mantiene ocultos a los marcianos?

Nosotros, nosotros.

«The Stonecutters drinking song»

(Canción de borrachera de los Canteros)

Me gusta ver la televisión. Éste no es el tipo de confesión que uno espera encontrar en un libro con pretensiones serias, pero me gusta ver la televisión y sobre todo la estadounidense. Después de vivir casi veinte años en los Estados Unidos he descubierto que todo lo que necesitaba saber de ese país podría haberlo aprendido más fácilmente, de forma menos dolorosa, quedándome en casa y viendo sus series televisivas. El televisor, junto al cine en versión original y el jazz, es una de las formas en que me mantengo en contacto con una lengua que necesito para trabajar y con un país en el que llegué a ser feliz.

Todos los imperios han buscado su forma de perpetuarse. Los romanos dejaron una arquitectura civil que les sobrevivió siglos, España dejó conventos e iglesias en todas sus antiguas posesiones, y Napoleón un código civil. A la hora de crear una memoria, los norteamericanos llegaron tarde a la historia, cuando todas las formas tradicionales de expresión ya estaban tomadas, pero eso no les ha impedido crear un arte imperial nuevo y propio, que es a la vez industria, y exportarlo al resto del mundo. Los norteamericanos han

escogido como medio para dejar prueba de su grandeza y poder el *reality show*, la *soap opera*, el *western*, el *sitcom*, la televisión. Pocos países antes han colocado la intimidad de sus ciudadanos, su forma de vivir, sus mitos, sus deseos y sus temores de forma más clara ante el resto del mundo.

He visto, pues, mucha televisión estadounidense. He logrado incluso darme una excusa lógica para hacerlo que va más allá de la atracción por el vacío. Sin embargo, después de haber vivido casi veinte años en Norteamérica, es aquí, en España, donde he venido a descubrir y apreciar a *Los Simpsons*.

Los Simpsons es una de las series más duraderas de la televisión, dieciséis temporadas y más de trescientos episodios desde 1989. Si en España puede haber gente que se obstine en confundirla con una serie infantil, en los Estados Unidos es televisada en una franja horaria adulta. No es la primera serie de dibujos animados que ocupa ese horario. De 1960 a 1966 también la ocuparon *Los Picapiedra*. Aunque es difícil adivinarlo viéndola hoy, también *Los Picapiedra* fue originalmente una serie orientada a los adultos. Ver *Los Picapiedra* y compararlos con *Los Simpsons* es un ejercicio interesante. Los dos shows tienen que ver con la familia estadounidense, en los dos el *pater familias* es un obrero y la esposa carece de oficio y permanece en casa, algo más común hace cuarenta años que ahora. Ahí acaba toda similitud.

Aunque rodada en los años sesenta, *Los Picapiedra* seguía el modelo establecido por los *sitcoms* de los años cincuenta, inspirada en *The Honeymooners*, una serie anterior, que nunca llegó a verse en España: gran parte de su poder humorístico, perdido con los años, venía de la forma en que retrataba la vida en un suburbio residencial recién inventado; la vida en esos grandes barrios de casas independientes pero iguales, que ahora nos parecen monótonos, aburridos y deprimentes, para los norteamericanos de aquella generación, nacidos o crecidos en medio de la Gran Depresión, el New Deal y la Segunda Guerra Mundial eran todavía una novedad y motivo de celebración y orgullo. Ralph Krandem, personaje central de

The Honeymooners, vivía en un apartamento pequeño, estrecho y mal aireado. Fred Flintstone —nuestro Pedro Picapiedra— había progresado hasta lograr vivir en una casita independiente y con patio.

Ralph Krandem y Pedro Picapiedra eran *blue collar workers* gordos, como había tantos en la Norteamérica real de los años cincuenta. El obrero del mundo real que pudo inspirar esos personajes era demócrata, pagaba sus impuestos, pertenecía a un sindicato, comía demasiada carne roja y fumaba, se consideraba feliz de formar parte del país más poderoso del mundo, obedecía las leyes y creía en su gobierno. *Los Picapiedra* era un programa tan adulto que fue inicialmente patrocinado por los cigarrillos Winston. Pedro Picapiedra confiaba en Winston y llegó a fumar en pantalla, aunque no en la serie sino en los anuncios. El obrero que lo inspiró también fumaba y confiaba en Winston. Era un hombre orgulloso del poder de su país y de sus leyes, y sabía que una gran empresa tabacalera estadounidense nunca mentiría a sus clientes, ni conspiraría para dañarlos.

Pedro Picapiedra, como otros cientos de miles de estadounidenses blancos de clase media y media baja, era miembro de una «sociedad fraternal» de inspiración masónica y acudía de forma regular a una logia, en la que bebía barato, jugaba a las cartas con los amigos y —ésta era la gran excusa para estar lejos de su esposa— organizaba actos de caridad que mostraban su solidaridad con los menos favorecidos. Aquellas logias le proporcionaban todo lo que un hombre necesitaba para sentirse feliz fuera de su casa: cerveza a precio de coste; amigos, con los que le uniría un apretón de manos secreto y con los que se encontraría —y le ayudarían— más tarde en la Cámara de Comercio local o en el banco en el que tenía su cuenta corriente, y la posibilidad de ayudar a niños con la polio. Los Estados Unidos de Truman y Eisenhower eran buenos, sencillos, felices y lo ignoraban.

Los Simpsons, por su parte, sin llegar a ser subversivos —los programas subversivos no son televisados en cadena de costa a costa